



Campus Ciudad de México

Laudato Si

Especialidad en Antropología Filosófica

Tesina presentada por

Elizabeth Jiménez Almanza

Septiembre 2021

Agradecimientos:

A la Universidad Panamericana por dejarme vivir la maravillosa experiencia de la Especialidad.

A mi familia por la paciencia Alfredo, Andrea, Alfredo. Gracias siempre por su apoyo, cariño y porras.

A Edith, Moni, Rico, Benja y Fran. Siempre gracias por estar y acompañarme.

A mis compañeros de clases. Los mejores.

Especialmente al P. José Antonio Coronel por la inspiración y ayuda invaluable con este trabajo. Por todo lo que me da y me enseña siempre.

Contenido

La relación entre hombre y naturaleza a la luz de la carta encíclica <i>Laudato Si</i>	4
Antecedentes	4
La biblia, la naturaleza-creación	6
Estado del medio ambiente (naturaleza) hoy	7
El agua	10
Pérdida de la biodiversidad	12
Los padecimientos de la humanidad	14
Causas antropológicas del estado actual del medio ambiente	18
Economía y tecnocracia	19
El hombre despótico	22
Ensayo de una ecología ambiental y humana, para una ecología integral	26
El hombre: custodio de la naturaleza	28
Conclusión	30
Referencias	32

La relación entre hombre y naturaleza a la luz de la carta encíclica *Laudato Si*

Antecedentes

Resulta esclarecedor y necesario revisar cuál ha sido el itinerario que la Iglesia, (por lo menos desde la segunda mitad del siglo XX hasta hoy) ha recorrido en torno a la reflexión del medio ambiente, la naturaleza, la creación; palabras que, dicho sea de paso, utilizaré prácticamente como sinónimos en este trabajo. Así se puede caer en la cuenta de que la Iglesia no es neófita ni novata, por así decirlo, en dichas cuestiones medioambientales. Sin embargo, es pertinente hacer una precisión, ya que, si bien es cierto, el tema de la naturaleza, del medio ambiente, siempre ha estado presente en el acontecer de la fe y de la Escritura; incluso por cuestiones históricas, la reflexión sobre el cuidado y las consecuencias de las acciones humanas en la naturaleza comienza a tener una relevancia cada vez mayor a partir de la segunda mitad del siglo XX. Es de hecho el Papa Juan XXII quien en 1961 en la Carta encíclica *Mater et Magistra*, habla por primera vez con la formalidad de una encíclica, sobre el carácter no dañino, que compete al hombre respecto de la creación. Porque el mandamiento de Dios al hombre “no se dio para destruir los bienes naturales, sino para satisfacer con ellos las necesidades de la vida humana” (§ 197).

Pablo VI, por su parte, invita a ver cómo la acción del ser humano sobre la naturaleza, puede acarrear consecuencias funestas, pues el hombre, “debido a una explotación inconsiderada de la naturaleza, corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación” (1971, § 21).

Cronológicamente hablando, el Magisterio continúa con Juan Pablo II, quien francamente se destacó por su preocupación en torno al cuidado del medio ambiente. En numerosas ocasiones criticó y denunció el mal que el planeta estaba sufriendo a costa de la actividad humana irracional y la falta de claridad mental del

hombre que, cegado por el ansia de consumo, ve a la naturaleza como un simple proveedor de cosas y de servicios: pues "el hombre parece, a veces, no percibir otros significados de su ambiente natural, sino solamente los que sirven a los fines de un inmediato uso y consumo de las cosas" (Juan Pablo II, 1979, § 15.3); y continúa con una reivindicación de cuál es la voluntad del Creador respecto a la convivencia y relación que se debería dar entre el hombre y naturaleza: "en cambio era voluntad del Creador que el hombre se pusiera en contacto con la naturaleza como "dueño" y "custodio" inteligente y noble, y no como "explotador" y "destructor" sin ningún reparo" (§ 15.3).

Benedicto XVI, no ha sido la excepción y se pronunció al respecto. Denunció valientemente cómo el sistema actual económico, de producción y de crecimiento, termina por amenazar al medio ambiente. Benedicto XVI, invitaba a "eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial y corregir los modelos de crecimiento que parecen incapaces de garantizar el respeto del medio ambiente" (2007, p. 1). Y por otro lado, el Papa emérito, arroja luz sobre una causa insoslayable de la actual crisis ambiental, pues nos invita a ver cómo la cultura actual está estrechamente unida a la degradación del medio ambiente (2009).

Sin duda que hay una infinidad de documentos, alocuciones y enseñanzas, no solo de los papas sino también de las diversas conferencias episcopales que se escapan y que, seguramente, tienen mucho que aportar sobre el tema en cuestión; no obstante, basta con lo dicho hasta aquí para que podamos darnos una idea de cuál ha sido y cómo se ha ido dando esta reflexión en pro del medio ambiente que está en la esencia misma de la *Laudato si'* y en el magisterio de la Iglesia. Magisterio que deja ver claramente la causa fundante de los males que aquejan al planeta: el hombre y su conducta irresponsable. Es duro y triste aceptar esta responsabilidad, pero como más adelante veremos, no puede ser de otro modo, si es que deseamos

en realidad salir de la crisis en la que nos hemos metido; nos toca aceptar la responsabilidad que en ella tenemos a fin de actuar consecuentemente para superar tal desafío.

La biblia, la naturaleza-creación

Antes de continuar con la reflexión sobre la *Laudato si*, y luego de haber dado un breve, pero iluminador, repaso a algunos de los documentos y enseñanzas del Magisterio que sirven de base para nuestro documento en cuestión (*Laudato si*), analizaremos otro elemento que subyace en toda la Carta encíclica: el substrato bíblico. Es claro que un documento pontificio no se sostiene únicamente con elucubraciones filosóficas, ni aun teológicas; si faltara el elemento bíblico sería difícil, por no decir imposible que viera la luz un documento papal, porque la Iglesia enseña e interpreta fundamentalmente lo que encuentra en la Palabra revelada. Es por eso que, a continuación, indagaré sobre cuál es la visión que la Biblia tiene de la naturaleza, entendida, desde luego, como creación.

Es muy interesante reparar en la visión que a veces de forma implícita, y otras explícita, tenía el pueblo de Israel respecto de la naturaleza. Para el mundo bíblico la naturaleza es como creación de Dios, algo bueno: "Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien" (Gn 1,31). En los relatos de la Biblia, vemos cómo todo lo que procede de Dios es bueno, la naturaleza es devenir directo de Dios, por tanto, posee, por así decirlo, algo de la perfección de Dios, y en esa perfección la bondad que Él le imprime a todo lo que realiza.

Dicha visión de una creación buena, bella y noble, se ve plasmada en un sinnúmero de pasajes y salmos de la Escritura en los que el Pueblo, ensalza la grandeza de dicha Creación: "¡Cuán numerosas son tus obras, Yahveh! Todas las has hecho con sabiduría, de tus criaturas está llena la Tierra" (Sal 104, 24). La Creación obrada por Yahveh, es digna de alabanza, pero hay una singularidad que nos retrata el valor y la

dignidad invaluable de la naturaleza, pues ésta es capaz y aún deudora de alabanza al Creador, por ello se invita a la misma Creación –como si de una persona se tratara– a alabar a Dios: “¡Alabadle [a Yahveh], sol y luna, alabadle todas las estrellas de luz, alabadle cielos de los cielos, y aguas que estáis encima de los cielos!” (Sal 148, 3-4). Tal actitud ante la naturaleza creada, deja ver una idea, una concepción de ella como algo bueno, como algo digno, como algo sumamente valioso. La fe del israelita no se quedaba en un plano meramente espiritual, sino que miraba hacia el medio ambiente, hacia la naturaleza y la alababa e invitaba a que ésta alabara a su Dios.

Todos estos ejemplos y testimonios bíblicos referentes a la creación son retomados y, por supuesto, más que tenidos en cuenta al momento de que Francisco y, en sí la Iglesia, elabora un documento como *Laudato si*.

Hay aún un elemento que precisamente *Laudato si*, en sus primeras páginas, recoge y no deja de postular a lo largo de la Encíclica: la armonía restablecida entre Dios, la naturaleza y el hombre que supone la Encarnación. Francisco nos invita a ver cómo en el origen de la Creación había una armonía plena entre el hombre, la naturaleza y el Creador, armonía que se rompe cuando el hombre quiere ocupar el lugar de Dios, y se niega a reconocerse como criatura limitada (Francisco, 2015). Pues bien, dicha armonía es restablecida posteriormente con la “la paz por la sangre de su cruz” (Col 1,19-20). Es a partir de Jesús, el Cristo, como el hombre, la naturaleza y Dios vuelven a gozar de una armonía que se había roto en virtud de la desobediencia.

La encarnación de Dios, que se lleva a cabo en el Cristo, en el hombre Jesús, es un testimonio de la importancia y el valor que posee en sí misma la materia, es decir, la creación, la naturaleza, pues como Francisco aduce convenientemente, Jesús “estaba lejos de las filosofías que desprecian el cuerpo, la materia y las cosas de este mundo (...). Jesús trabaja con sus manos tomando contacto cotidiano con la materia creada por Dios” (Francisco, 2015, § 98).

Como se ve, la Biblia es el fundamento mismo de toda la reflexión de Iglesia, y no podía ser de otra manera en lo referente al medio ambiente.

Dicho conocimiento bíblico, está llamado a entrar en el diálogo constante con las diferentes ciencias y disciplinas que actualmente pueden aportar mucha luz sobre diversos temas, como lo esbozaremos en el presente trabajo.

Estado del medio ambiente (naturaleza) hoy

¿Cómo se encuentra al día de hoy eso que nos precede y mantiene de hecho existiendo? ¿Cómo se ha deteriorado y cuáles son las causas de dicho estado, así como sus efectos? Tales cuestiones que surgen a partir de ésta reflexión son, en efecto, cruciales para la *Laudato si*, y es donde Francisco pone el acento dado la gravedad de la situación a la que se ha llegado en el siglo, paradójicamente, más tecnológico de la historia. ¿Será que la híper tecnificación de la cultura y de la sociedad, tendrán algo que ver con este desastre ambiental/moral actual?

El primer capítulo de la Encíclica lleva por nombre: "*lo que está pasando a nuestra casa*"; ahí el pontífice realiza una radiografía sintética de qué le está pasando de hecho al planeta, que él llama "nuestra casa", "nuestra casa común". Tal revisión deja un amargo sabor de boca. El panorama que se dibuja el lector después de este primer capítulo es de suyo desalentador, debido a todos los efectos y síntomas que se mencionan y que están dañando a "nuestra casa común"; sin embargo, como veremos más adelante, Francisco imprime esperanza y nos esboza, por otro lado, un camino posible para lograr un cambio de curso que haga posible la transformación de dicha crisis ambiental.

Numerosos son los científicos y estudiosos que mencionan la existencia de una transformación sin precedente del medio ambiente en los últimos años. Erik Gómez-Baggethun (2012, p. 51) citando a diversas fuentes nos dice cómo

“...la comunidad científica señala que dos terceras partes de los servicios ambientales generados por los ecosistemas planetarios están deteriorándose (MA, 2005), que la pérdida de la biodiversidad alcanza tasas mil veces superiores a la de los niveles preindustriales (Butchard et al., 2010) y que el deterioro ambiental anticipa costes multimillonarios para la economía global” (Stern, 2006; TEEB, 2010).

El papa Francisco, de una manera realista y valiente, recoge datos que muestran una variación en el ambiente y en los climas, variación que no responde sólo a variables cósmicas, sino a también humanas. Francisco hablará de la contaminación debida al actuar humano irresponsable. A esa polución siguen los riesgos biológicos, sanitarios, alimenticios. Verdaderas violencias contra la naturaleza y la vida humana.

El agua

Un tema de suma importancia en el que la relación del hombre con la naturaleza no puede ser más cercano, es el agua. Este elemento natural tan básico para toda la vida, es, junto con nuestra atmósfera, el que recibe el impacto más notable de la contaminación, también generada por el actuar humano. Hoy día, hay nuevos y grandes problemas en la disponibilidad del agua potable, pues los cambios climáticos provocan una evaporación mayor de esta, y en muchas regiones hay sequías extremas; hay por otro lado, un sinfín de mantos acuíferos que antaño mantenía poblaciones enteras y que ahora por malas prácticas han sido contaminados al extremo de que se ha hecho imposible utilizar este líquido para uso humano.

Francisco denuncia esta problemática relacionada con el agua de una manera clara: “la provisión de agua permaneció relativamente constante durante mucho tiempo, pero ahora en muchos lugares la demanda supera la oferta sostenible con graves consecuencias a corto y largo término” (2015, § 28). Nos pone en guardia también sobre la carencia que sufren los más pobres en el tema del agua y sobre la deplorable calidad del vital líquido que los menos adinerados consumen, pues “la calidad del agua disponible para los pobres, (...) provoca muchas muertes todos los días” (Francisco, 2015, párr. 29). Respecto del descuido del agua, es muy común, desgraciadamente, pasar de la inmoralidad surgida de una conciencia irresponsable, a la esfera del delito, acción externa que afecta el orden público.

Haciendo eco de esta dolorosa situación que afecta a millones de personas (la escasez de agua o acceso a agua contaminada), *Laudato si*, también tiene mucho que aportar, pues expone como un derecho humano el acceso a este imprescindible líquido, sin el cual nada, absolutamente nada de lo que conocemos como vida, podría haber surgido: “el acceso al agua potable y segura es un derecho humano

básico, fundamental y universal, porque determina la sobrevivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos” (Francisco, 2015, § 30). Sin embargo, con frecuencia el agua como muchos otros recursos naturales, es privatizada, comercializada y asequibles sólo en beneficio de quienes tienen el capital necesario para acceder a ella.

De continuar esta tendencia de derroche de agua no sólo en los países desarrollados, sino en los subdesarrollados, que, no obstante, cuentan con grandes reservas de este líquido, la carencia será tal que el alza en el precio de los alimentos y otros productos y servicios, podría conducir a una crisis sin precedentes. Incluso se piensa que una de las causas de los principales conflictos de este siglo, podría ser por el control y la tenencia del agua, una vez que empezara a escasear drásticamente (Francisco, 2015). En este sentido y en la línea de la *Laudato si*, Peter H. Gleick, especialista en recursos hidráulicos a nivel mundial, afirmaba que si el agua en un momento dado llega a representar un valor económico o político, se pudiera desencadenar un acontecimiento bélico con el fin de controlar dicho líquido:

“aunque recursos no renovables como el petróleo y otros minerales se caracterizan por estar en el centro de los análisis tradicionales sobre seguridad internacional, el agua también puede encajar en ese marco si es que proporciona una fuente de poder económico o político” (1995, p. 89).

Pérdida de la biodiversidad

Parece que la crisis no termina y sus síntomas menos. El problema de la contaminación excesiva producida por las industrias, las emisiones de carbono por los millones de automóviles que circulan a diario en todo el mundo, así como la numerosa actividad ganadera a partir de la que se origina un gran porcentaje de las emisiones de gases contaminantes de la atmósfera, han ido paulatinamente degradando la calidad como hemos visto, sobre todo del aire y del agua, así como produciendo un cambio climático drástico a nivel global. Expertos como J. Cano, miembro de la Agencia española de Meteorología, afirman que “una evolución natural que ha durado miles de millones de años de tiempo, como es la de nuestra actual atmósfera, se está viendo alterada con una rapidez sin precedentes, debido a nuestra vida actual, poco respetuosa con la naturaleza”.

Biodiversidad, accesibilidad hidráulica, deforestación, caza indiscriminada, y desequilibrio eco-sistémico, son variables muy correlacionadas, incluso en forma cuantitativa. La posición de Francisco añade, junto a muchas otras voces autorizadas, la correlación, por así decirlo, moral: o si se prefiere, inmoral, por referirse a comportamientos irresponsables. Y representa una falta de respeto hacia las diversas especies que conviven con nosotros y con las que estamos llamados a compartir el planeta.

La *Laudato si*, a este respecto, tiene también algunas aportaciones que abonar. Y es que la pérdida de la biodiversidad nos afecta a todos, nadie se beneficia con estas dolorosas lesiones hacia el medio ambiente y hacia los ecosistemas y a las especies que habitan ahí: “la pérdida de selvas y bosques implica al mismo tiempo la pérdida de especies que podrían significar en el futuro recursos sumamente importantes, no solo para la alimentación, sino también para la curación de enfermedades y para múltiples servicios” (Francisco, 2015, § 32). Como se puede

observar, en la naturaleza todo está conectado. Los actos de unos siempre repercuten en otros y aunque es obvio parece que el ser humano hasta ahora no se ha dado cuenta de esta verdad evidente.

Francisco en el párrafo anterior nos previene sobre cuál puede ser uno de los efectos por la pérdida de biodiversidad, a saber, la imposibilidad de obtener ciertos beneficios en el ámbito médico y nutricional incluso. Sin embargo, su mirada y preocupación van mucho más allá que un mero interés utilitario, pues es claro que “no basta pensar en las distintas especies solo como eventuales recursos explotables, olvidando que tienen un valor en sí mismas” (2015, § 33). Esta visión de Francisco, en la que nos habla de una naturaleza tan diversa poseedora de un valor en sí mismo, es con diferencia, una de las razones por las que *Laudato si*, es tan grande y su propuesta tan vanguardista. Sin afán de demeritar a otros autores relacionados con el tema, Francisco no se preocupa por el estado actual del medio ambiente, desaparición de las especies y demás consecuencias negativas, solo porque eso amenaza el bienestar del hombre, sino que reconoce y defiende de una manera admirable y verdaderamente progresista, la valía propia de la naturaleza, de las especies, de la Creación. El título de una exposición ecológica hispana lo expresa muy bien, al denominar a las criaturas “huellas” de la presencia divina (cfr. <http://www.alfayomega.es/13664/la-huella-de-dios>). Es lo mismo que afirmaba Tomás de Aquino “a causa de la representación remota y oscura (de lo divino) en las criaturas irracionales, se dice de ellas que son vestigio de la Trinidad, pero no imagen”. Y añadía, sin embargo, citando al libro de Job que ni siquiera comprendíamos cabalmente esas huellas o vestigios (cfr. Suma contra gentiles, Libro IV, capítulo 26).

Para la *Laudato si*, “todas las criaturas están conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración, y todos los seres nos necesitamos unos a otros”

(2015, párr. 42), es por eso, que la Encíclica nos llama a un cambio que haga virar el rumbo que hasta hoy llevamos, puesto que, a todas luces, es un rumbo poco promisorio en muchísimos aspectos. Es por eso, que Francisco como los papas que le precedieron, nos invita a una ecología humana, integral.

Los padecimientos de la humanidad

Antes de cerrar con los sufrimientos, por así decirlo, por los que pasa “nuestra casa común”, hablaré sobre lo que, como miembro y huésped de dicha “casa común”, sufre la humanidad. No se puede tener un verdadero y profundo análisis sobre el estado actual del medio ambiente, de la naturaleza y del planeta, si se excluye de dicho análisis al ser humano, puesto que es también una especie y, además, se quiera o no, posee una responsabilidad y centralidad para el futuro del planeta que no posee ninguna otra especie. Por esta razón, haré un breve recuento sobre algunas de las situaciones a las que el hombre se enfrenta y que están más o menos relacionadas con lo que a la naturaleza le ocurre.

Es un hecho que la humanidad padece también los efectos del cambio climático; así como hay numerosas cantidades de especies y ecosistemas que son prácticamente borrados de la faz de la tierra, hay muchos seres humanos que enferman y mueren como consecuencia de los efectos de la contaminación, que él mismo en los últimos años ha generado. Por poner un ejemplo, Smith, Corvalan y Kjellstrom (1999) aducen que “se ha estimado que en los países industrializados un 20 % de la incidencia total de enfermedades puede atribuirse a factores medioambientales” (Vargas, 2005). Este dato sirve para alertarnos sobre la grave incidencia que tiene, por un lado, la contaminación ambiental, y los efectos negativos que tiene en el clima; y, por si fuera poco, estos efectos (los problemas de salud) aquejan en mayor medida a los más pobres y que están en condiciones sociales

menos favorecidas, puesto que carecen de los medios para una correcta alimentación, y acceso a tratamientos médicos de calidad (Vargas, 2005).

Para Francisco, la degradación social y la pérdida de calidad de la vida humana deja ver la crisis ecológica que inicia precisamente en lo humano, en el interior del corazón del hombre. Y se correlaciona con el alejamiento de la naturaleza. Ambas se pueden constituir a veces como causa, y a veces como efecto una de la otra. Las más de las veces será el deterioro humano el que se refleje en el ecológico.

En esta línea, Francisco expone cómo en el siglo XXI se ha seguido dando una degradación social y un deterioro de la vida humana, ciertamente no uniformes, pero preocupantes. Particularmente porque afectan a los sectores sociales menos favorecidos. La contaminación es no sólo atmosférica sino auditiva y visual, y es acuciante en urbanizaciones (si se pueden llamar así) caóticas, insalubres y sin espacios amables verdes. Y es que “no es propio de habitantes de este planeta vivir cada vez más inundados de cemento, asfalto, vidrio y metales, privados del contacto físico con la naturaleza” (2015. § 44).

Es la verdad que *Laudato si* sostiene y defiende a lo largo de sus páginas consiste en que “el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social” (Francisco, § 48), y es que para Francisco no hay dos crisis separadas sino una sola crisis socio ambiental (2015) que impide separar por un lado la cuestión humana y por otro la cuestión de la naturaleza y del medio ambiente; por tanto, se vuelve sensato hablar de una ecología integral: una ecología humana y medio ambiental.

Hay aún un padecimiento ‘social’ que en cierto sentido lo sufre también el ambiente, la naturaleza y las especies que en ella subsisten, a saber: la inequidad.

Este concepto arroja a la vista una realidad que dibuja irresponsabilidad, egoísmo, búsqueda del propio interés y una visión tremendamente limitada de la realidad.

Para Zygmunt Bauman, la razón de dicha inequidad, desigualdad y, por tanto, pobreza, se debe a que –muy en línea con el pensamiento social de Francisco– en la actualidad, bajo el sistema capitalista y neoliberal que favorece un consumismo extremo y la posesión de capital como único valor real, los únicos que importan son los “poderosos”: quienes pueden adquirir y consumir. Según Bauman, los demás, los pobres, los que no consumen, o consumen muy poco son los que, a la postre, se vuelven descartables, carecen de valor, son blancos fallidos del sistema consumista y no valen:

“Pues en una sociedad de consumidores, se trata de consumidores fallidos, personas que carecen del dinero que les permitiría expandir la capacidad del mercado de consumo, en tanto que crean otra clase de demanda, a la que la industria de consumo orientada a beneficio no puede responder ni colonizar de modo rentable. (...) Los consumidores fallidos son sus más fastidiosos y costosos pasivos [en una sociedad y sistema consumista]” (Bauman, 2005, p. 57).

Para Francisco, la crisis medioambiental no puede ser resuelta si no se resuelve primero la crisis humana, y es que una resolución lleva el germen de la otra. Por ese motivo, *Laudato si*, nutriéndose de reflexiones filosóficas, teológicas y de especialistas en muchas otras áreas, pone especial atención en la injusticia que representa la pobreza y desigualdad a lo largo y ancho del planeta, donde solo unos cuantos gozan del privilegio de vivir holgadamente y donde millones tienen que sobrevivir –nótese la diferencia en la connotativa entre ambas expresiones–. Por tal motivo, Francisco es duro, franco y directo. No se anda por las ramas ni con

miramientos, dada la evidencia de las desigualdades sociales, económicas y de calidad de vida entre los seres humanos:

“Quisiera advertir que no suele haber conciencia clara de los problemas que afectan particularmente a los excluidos. Ellos son la mayor parte del planeta, miles de millones de personas. Hoy están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero frecuentemente parece que sus problemas se plantean como un apéndice, como una cuestión que se añade casi por obligación o de manera periférica, si es que no se los considera un mero daño colateral” (2015, párr. 49).

Y es que la mayoría, si no es que todas, las cumbres y reuniones que buscan paliar dicha inequidad, están constituidas por los poderosos y principales agentes del sistema económico actual (Francisco, 2015), quienes tienen una conciencia “cauterizada” y no atinan a ver la gravedad de la situación y lo doloroso de la misma. Son los mismos poderosos y dueños del mundo quienes culpan de todos los males a la superpoblación y proponen ineficaces e indignas políticas de reproducción sexual para disminuir la población mundial y con ello la pobreza, la delincuencia y la contaminación ambiental. Por eso, “culpar al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos, es un modo de no enfrentar los problemas” (Francisco, 2015, § 50), aún más, se cae en una falacia y en una falta de responsabilidad y de compromiso tanto con el hombre como con el medio ambiente, cuando se “pretende legitimar el modelo actual, donde una minoría se cree con el derecho de consumir en una proporción que sería imposible generalizar, porque el planeta, no podría ni siquiera contener los residuos de semejante consumo” (Francisco, 2015, § 50). No es un mito, y es que nuestro planeta no alcanza a sostener un nivel de consumo generalizado si tomamos como referencia el nivel de consumo y por tanto de desecho de los países del primer mundo, porque una cosa es cierta,

cada producto, cada nuevo artefacto creado por la industria lleva en sí la fecha de caducidad, cada producto representa desde su ensamblaje, un desecho más (Bauman, 2005).

En este sentido, se puede hablar de la inequidad que subyace a las deudas externas de los países "tercermundistas" respecto de los "primermundistas". Mientras los países del tercer mundo deben pagar una deuda que no parece no extinguirse, los Estados ricos, imponen condiciones y muchas veces se benefician directamente de unos pagos en riquezas naturales de los deudores en vías de desarrollo. Los países ricos incurren, sin que existe un registro, en una deuda ecológica, que parece estar profundamente lejos de ser pagada, incluso de ser considerada como tal (Francisco, 2015). Hay pues una inequidad injusta no solo entre individuos, sino entre Estados.

A continuación, daré un salto. Hemos visto qué le está ocurriendo a nuestro planeta, a nuestra "casa común", en términos de síntomas y efectos de una crisis sin precedente, toca ahora ver, las causas más profundas, más básicas de esta dolorosa situación.

Causas antropológicas del estado actual del medio ambiente

Centraré ahora la mirada en el tercer capítulo de Laudato Si: La raíz humana de la crisis ecológica, donde Francisco reconoce por lo menos tres dimensiones o actitudes humanas que están en el fondo de la crisis que se ha estado mencionando a lo largo del trabajo: la visión tecnocrática de la realidad, la economía y la política, y una actitud de desmesura antropológica (Rubio, 201). No importa insistir que parte de esa desmesura es el olvido de la estrechísima relación existente entre el medioambiente y él mismo hombre, en cuanto hombre, es decir en cuanto uno en cuerpo (materia viva) y alma. (cfr. Gaudium et spes, n. 14.1)

Economía y tecnocracia

Francisco ha realizado un balance justo sobre el valor de la tecnología en nuestro tiempo. Rescata en general las bondades y beneficios que con toda verdad debemos reconocer al ingenio humano que está detrás de la tecnología. Nos habla de los numerosos avances científicos, redundantes en tecnología y técnicas, en el área de las comunicaciones, de la medicina y un sinnúmero de ámbitos donde la creatividad humana facilita la vida, al aumentar su calidad y dignificar su condición de humano. Y es que la inventiva creciente del homo sapiens es connatural a su ser. Se ha dicho con acierto que no solo resolvemos problemas, como otros animales, sino que nos planteamos continuamente nuevos. Desde el inicio de la humanidad, el hombre ha producido tecnología, que no es sino la manipulación del medioambiente y la naturaleza con fines utilitarios para sortear las limitaciones que la misma naturaleza imponía al hombre; no obstante, en el principio se trataba de recibir lo que la realidad natural de suyo permite, como tendiendo la mano. En cambio, lo que parece interesarnos es extraer ahora todo lo posible mediante la imposición del actuar humano, que tiende a olvidar la realidad misma (a veces no renovable) de lo que tiene delante. Por eso, el ser humano y las cosas han dejado de tenderse amigablemente la mano para pasar a estar enfrentados (Francisco, 2015, párr. 106)

Este enfrentamiento se ha dado en los últimos años más nítidamente que nunca. La extracción de recursos naturales ha sido la peor y más indiscriminada de toda la historia. Las guerras del siglo XX y lo que va de éste, estuvieron plagadas de tecnología cada vez más mortífera, más dañina y nociva respecto de la vida y de la

naturaleza, hasta el casi inconcebible bombardeo (incendiario, atómico) de poblaciones civiles, también señalado por Francisco.

El riesgo para la naturaleza y la humanidad aumenta cuando esta peligrosa tecnología sigue estando al alcance de un hombre que está como “desnudo y expuesto frente a su propio poder, mismo que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo, [pues] falta una ética sólida, una cultura y una espiritualidad que realmente lo limiten y lo contengan en una lúcida abnegación” (Francisco, 2015, párr. 105).

La tensión se traslada pues, al ser humano, a la intención de éste, a lo profundo de sus convicciones e intereses, de donde se puede seguir una técnica que ayude al hombre y a la naturaleza, al mejoramiento de ésta y de la convivencia humana, o una que destruya y quebrante ambas cosas

Por una parte, dejando de lado si la tecnología es nociva o no a la vida humana, se tiene que reparar en que el sistema de producción actual se ha globalizado: en el último siglo se ha expandido más allá de las fronteras nacionales, manteniendo, sin embargo, un marcado elitismo, ya que no todos tienen acceso a dichas tecnologías, productos y servicios. Dicha globalización de la técnica es tal, que bien se puede catalogar el sistema de producción actual como tecnocrático – de hecho, es la manera en la que Francisco lo llama– (2015). Es decir, en la actualidad el sistema tanto político y económico se han doblegado ante el poder de la organización tecnológica, y mercadológica. Con unos productos de consumo que buscan no pocas veces satisfacer necesidades aparentes: las dictadas por esa misma organización.

Francisco sale al paso de esas pretensiones, diciendo que no puede legitimarse ese modelo productivo-consumístico, “donde una minoría se cree con el derecho de consumir en una proporción que sería imposible generalizar, porque el

planeta, no podría ni siquiera contener los residuos de semejante consumo” (Francisco, 2015, párr. 50).

Sin embargo, parece que esta es la intención: generalizar la producción y buscar cada vez más consumidores que sigan siendo redituables para la economía que junto con la política ha sucumbido ante el paradigma tecnocrático (Francisco, 2015).

Dicha globalización y su consecuente producción excesiva de artefactos, ha descansado por mucho tiempo, en la hoy absurda e insostenible teoría del crecimiento infinito o ilimitado, según la cual los recursos de la naturaleza son precisamente ilimitados y, por lo tanto, se puede hacer uso de ellos como si nunca fueran a escasear (Francisco, 2015). La realidad es que, como se ha visto, hay una incontable variedad de repercusiones en el ambiente, debido exactamente al uso indiscriminado de recursos naturales que por largo tiempo se creían inagotables. Hoy sabemos que eso no es verdad, que hay recursos se agotan, y que el impacto de dicho uso irresponsable es de graves consecuencias para la naturaleza. No obstante, parece que importa poco al mercado y a la economía dicha realidad, mismos que han hecho de la política, prácticamente un vasallo a su servicio. Y es que la “economía asume todo desarrollo tecnológico en función del rédito, sin prestar atención a eventuales consecuencias negativas para el ser humano [y para el medioambiente]”, nos dice Francisco (2015, párr. 109).

El mercado, el paradigma globalizado de la tecnocracia, la economía y la débil política, se preocupan, recordando a Bauman y su prosapia marxista, por el capital, por la renta, por la ganancia. En un sistema neoliberal, tremendamente capitalista, lo que prima, no es la dignidad humana, mucho menos el valor de la naturaleza y su bienestar, sino el valor económico y cuánto se ha de obtener con la venta de tal o cual producto. La política actual, bajo el dominio del paradigma tecnocrático y

neoliberal, abusando de la mano invisible de Smith, abandona al mercado y a sus vaivenes el destino de los pueblos y de las sociedades, "pero el mercado por sí mismo no garantiza el desarrollo humano integral y la inclusión social", nos dice Francisco (2015, párr. 109) continuando a Benedicto XVI (2009).

El sistema tecnocrático y consumista se guía "únicamente por el principio de la equivalencia del valor de los bienes que se intercambian" (Benedicto XVI, 2009, párr. 35). Las motivaciones de dicho sistema están lejos de ser uno que se abra a la experiencia humana de la ética, la solidaridad, y el amor. En este paradigma predomina una sola cosa: el dinero, la ganancia. Y mientras tanto hay un "súper desarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora", decía ya Benedicto XVI (2009, párr. 22), dejando ver la indignante inequidad que hay entre seres humanos, y entre países ricos con un nivel de consumo muy superior al de los países pobres o en vías de desarrollo.

En definitiva, se puede decir con Francisco, sin miedo a caer en equivocación, que aún "no se termina de advertir cuáles son las raíces más profundas de los actuales desajustes, que tienen que ver con la orientación, los fines, el sentido y el contexto social del crecimiento tecnológico y económico" (2015, párr. 109). Es decir, las causas fundamentales de la crisis actual medioambiental, se encuentran en las motivaciones y metas de un paradigma equivocado, por inhumano.

El hombre despótico

Las motivaciones y metas que el paradigma económico y tecnocrático actual abraza no han brotado de una manera espontánea. Tales fines del sistema capitalista y consumista, no se han establecidos por sí mismos. Si el paradigma económico actual

dominado por la tecnocracia y la pretensión de aumentar cada vez más el poder de algunos y el capital existen, es porque el hombre lo ha permitido. Es el ser humano es el que está detrás de este sistema carente de aprecio por la humanidad, por la naturaleza, por el planeta. Es el hombre quien en primera y en última instancia hace las veces de fundamento de un paradigma que no termina por solventar la crisis medioambiental y humanitaria, sino que más bien hace lo contrario: degradar el medioambiente, degradar el entramado social y humano. Es por eso que para Francisco no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza (2015, párr. 139).

Y es que se ha mencionado hasta la saciedad que la crisis medioambiental se funda en un primer y fundamental desajuste y crisis social, humana. Por tanto, para resolver la problemática del medio ambiente, se torna absolutamente necesario solventar primero las causas humanas que producen los síntomas que el planeta padece.

Antes de continuar, es necesario decir que la causa primordial de la lastimosa crisis "socio-ambiental" actual es el hombre. Ya lo he dicho, y me pregunto ahora concretamente, ¿en qué sentido, o por qué o cómo el hombre es la causa de esto? A esta cuestión se puede contestar con el relato bíblico del Génesis, donde Adán y Eva, cegados por la soberbia, buscan erigirse como dioses, enseñorearse de la creación y gobernarlo todo. El problema fundamental yace en que el hombre se ha entendido a sí mismo como señor y dueño arbitrario de la creación, a esto me refiero con el título de este apartado: el hombre central. Siguiendo una terminología jurídica, al derecho que Dios le ha dado de usar las cosas (*ius utendi*, derecho de uso), el ser humano lo ha pervertido, convirtiéndolo en derecho de abuso (*ius abutendi*).

La modernidad tecnocrática ha instaurado una conciencia antropocéntrica, cuya característica principal es la del hombre como centro de la naturaleza, donde ésta deja de verse como casa, como hogar y se convierte en un mero objeto dispuesto para manipular y satisfacer las necesidades del hombre que está, según él, en el centro (Francisco, 2015). En este sentido, el Papa, realiza una declaración valiente y franca al aceptar que algunos cristianos en ocasiones presentaron una antropología donde el ser humano funcionaba como señor, y dominador absoluto de la naturaleza. Galileo y Kant hablaron, seguramente exagerando como entusiastas del nuevo método científico, de un paso de esa tarea científica en términos de tortura a la naturaleza para arrancarle sus secretos. Añadía Francisco que el cuidado de ella se presentó como algo reservado para los débiles (Francisco, 2015, n.116). Para ser justos, hay que reconocer que esas expresiones exageradas de Galileo eran más fruto de asombro ante ese nuevo método experimental y teórico, del que luego será reconocido como pionero y padre. En su caso, y en el de Kant, fueron sus frases más retóricas que realmente anti-ecológicas, como es fácil ver en los experimentos que realizaron. Señalemos a otro grande del nuevo método. Isaac Newton decía con gratitud que Dios era el autor del mundo y de sus leyes.

No obstante, hoy más que nadie, Francisco se opone a esta perversa y obcecada idea de la relación que el hombre posee respecto de la naturaleza. Para Francisco, todo está conectado, por tanto, llama la atención la relación que tiene este mencionado antropocentrismo desviado, y los males tanto humanos como medioambientales que existen, pues cuando el hombre cegado por la soberbia y su desmesurado antropocentrismo "no reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona con discapacidad (...), difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza" (Francisco, 2015, párr. 117), porque una vez más: todo está conectado. Por esto precisamente es que una y otra vez *Laudato si*, recuerda y recalca que "no habrá una nueva relación con la naturaleza sin

un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología" (Francisco, párr. 118).

No puede ser más clara la relación –estrechísima–, que Francisco muestra, coexistiendo entre el hombre y la naturaleza. Y es que el hombre, por mucho que lo olvide, es parte de la naturaleza.

Cuando el ser humano se coloca a sí mismo en el centro, termina dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales, y todo lo demás se vuelve relativo. Por eso no debería llamar la atención que, junto con la omnipresencia del paradigma tecnocrático y la adoración del poder humano sin límites, se desarrolle en los sujetos este relativismo donde todo se vuelve irrelevante si no sirve a los propios intereses inmediatos. Hay en esto una lógica que permite comprender cómo se alimentan mutuamente diversas actitudes que provocan al mismo tiempo la degradación ambiental y la degradación social (Francisco, 2015, párr. 122).

Una vez más, Francisco muestra cómo se relacionan los actos y actitud desviada del hombre con el deterioro de la naturaleza al partir de una visión antropotiránica de la realidad.

El hombre, entendido como centro inexpugnable de la naturaleza, imagina ser merecedor de todo, perdiendo de vista que la naturaleza posee un valor en sí misma, entendida como huella o vestigio divino, que ha de ser administrada por quien es imagen divina. Poniendo sobre el tablero esta realidad humana, habrá que modificar la forma como esa relación ha de entenderse, yendo de una lógica de la dominación, del señoreamiento, de la acumulación y del descarte, a una lógica de la equidad, la justicia y la generosidad, para con la naturaleza y la misma humanidad.

Ensayo de una ecología ambiental y humana, para una ecología integral

En las páginas siguientes, hasta el final del presente trabajo, llevaremos a cabo un último esfuerzo por mostrar qué es aquello que Laudato si, nos propone como necesario, si es que se desea revertir la crisis actual.

Como bien lo enuncia y anuncia el título de este apartado, la reflexión de Francisco conduce hacia una concepción de la ecología, que va más allá del típico discurso “verde”, que a la larga termina siendo una forma más en la que se manifiesta el dominio e imperio de la sociedad capitalista. Francisco propone una “ecología integral”, es por ese motivo, que no se contenta con decir que Laudato si, es un simple documento ecológico, mucho menos, un documento “verde”. El Papa, entiende Laudato sí, como un documento, ante todo, social:

“Pero esa cultura del cuidado del ambiente no es una actitud solamente –lo digo en buen sentido– “verde”, no es una actitud verde, es mucho más. Es decir, cuidar el ambiente significa una actitud de ecología humana (...). La ecología es total, es humana. Eso es lo que quise expresar en la Encíclica “Laudato Si”: que no se puede separar al hombre del resto, hay una relación de incidencia mutua, sea del ambiente sobre la persona, sea de la persona en el modo como trata el ambiente; y también, el efecto de rebote contra el hombre cuando el ambiente es maltratado. Por eso, frente a una pregunta que me hicieron yo dije: “no, no es una encíclica ‘verde’, es una encíclica social” (Francisco, 2015. En Cáceres, 2015, pp. 394-395).

En este fragmento que rescata Cáceres se muestra, de la voz del propio Francisco, qué visión tiene de la Encíclica y de la ecología en sí. Para él la ecología no es una actitud externa y aparte de la humanidad. Para él la ecología es a decir verdad integral o no lo es. La actitud ‘verde’ que refiere Francisco es una postura más bien dominada por ideologías que no terminan por atajar el verdadero problema. Ante

tal escenario, el Papa propone una ecología integral en la cual se englobe la totalidad de las esferas, por así decirlo, humanas y ambientales.

Para lograr que esta ecología integral sea de hecho, y no una mera idea utópica y romántica, Francisco recuerda que se ha de observar una ecología ambiental, económica y social; así como una ecología cultural e incluso de la vida cotidiana, donde sobre todo se privilegie la consecución del tan olvidado bien común, sin perder de vista la justicia que debería existir entre las generaciones (Francisco, 2015). Sólo así, englobando los distintos ámbitos que transcurren en la existencia, es como el hombre, podrá dejar de ocasionar daños –muchas veces irreparables– a la creación. Por tanto, Francisco, no cesa de postular que

“si la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultura y espiritual de la modernidad, no podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano” (2015, párr. 119).

De nueva cuenta, sólo cuando la crisis humana que hay en el mundo humano sea superada, es cuando la crisis medio ambiental será, a su vez, superada. Cuando la crisis de relaciones que existe en el acontecer del hombre sea sanada, la relación de éste con la naturaleza, con la creación, podrá mejorar. Sólo cuando adoptemos un estilo de vida ecológico, es decir, cuando se practique una ecología integral, que permee toda la vida del hombre, se podrá pensar en una superación de la crisis humana y ecológica ambiental.

El hombre: custodio de la naturaleza

El Papa muestra, teniendo como base el relato bíblico de la creación, cuál es la relación que debería darse entre el hombre y la naturaleza; esta tal relación es una que se fundaría, no en el interés egoísta y personal del hombre, ni en el deseo de dominación y poder, sino en el amor y respeto hacia la naturaleza y la creación. Esto implicaría para Francisco, según Cáceres, vigilar nuestros sentimientos y deseos, porque de ellos surgen las acciones que tienen impacto en la naturaleza (Cáceres, 2015).

Para Francisco, el ser humano está llamado a ser un custodio de la naturaleza. Apoyándose, como hemos dicho en el relato de la creación del Génesis, y el mandato que el Creador da a los primeros hombres, nos dice que:

“Es importante leer los textos bíblicos en su contexto, con una hermenéutica adecuada, y recordar que nos invitan a «labrar y cuidar» el jardín del mundo (cf. Gn 2,15). Mientras «labrar» significa cultivar, arar o trabajar, «cuidar» significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza” (Francisco, 2015, párr. 67).

La relación a la que Francisco invita es una que está tendida siempre hacia el respeto, reciprocidad, solidaridad, incluso, amor (en sentido amplio, no personal), por parte del hombre a la naturaleza. En este respeto que se cifraría en una relación que no dañara a la ‘casa común’, es donde se halla el verdadero meollo del asunto. El hombre tiene que transformarse constantemente. Cuando esto sucede, la relación de poder, de dominio y de utilitarismo respecto de la naturaleza, cambia a la naturaleza misma. Esto es lo más urgente, mejorar al hombre, mejorar su existencia y atender a la humanidad, para que la naturaleza, para que la creación deje de sufrir las consecuencias de la crisis humana. Una relación en la que los seres humanos

dejen espacio a la misma naturaleza para que se regenere, para que sus ritmos puedan verse libres de la presión de la máquina humana, se basa en un giro total y transformación de la actual relación por una donde el hombre sea el primer custodio y amigo del ambiente y le reconozca un valor en sí, incluso trascendente a la naturaleza. Como bellamente escribe Francisco:

“El fin de la marcha del universo está en la plenitud de Dios, que ya ha sido alcanzada por Cristo resucitado, eje de la maduración universal. Así agregamos un argumento más para rechazar todo dominio despótico e irresponsable del ser humano sobre las demás criaturas. El fin último de las demás criaturas no somos nosotros. Pero todas avanzan, junto con nosotros y a través de nosotros, hacia el término común, que es Dios, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo. Porque el ser humano, dotado de inteligencia y de amor, y atraído por la plenitud de Cristo, está llamado a reconducir todas las criaturas a su Creador” (n.83).

Conclusión

Con lo revisado hasta este punto se puede tener una visión a la vez que general, por contradictorio que suene, concreta, puesto que el recorrido y reflexión realizadas, brindan las bases precisas para que el lector o lectores, adquieran las condiciones para comprender el por qué humano (o inhumano) de algunos daños que el planeta manifiesta: calentamiento global, pérdida de ecosistemas, extinción de especies etc. El itinerario que se ha seguido, propuesto por Laudato si, abre el camino del diálogo, de la discusión y de un posible cambio en aras de la justicia planetaria, donde se intentará promover y respetar la valía de todo lo creado, tanto de los hombres como de la naturaleza y el medio ambiente.

Logrando una conciencia de qué factores humanos están en la base de la crisis medioambiental actual, se puede estar en condiciones de dar un salto que nos ponga rumbo a un futuro más promisorio. Por tanto, el ahondamiento realizado, sobre todo en el papel que juega el ser humano en el deterioro del medioambiente, me parece más que pertinente, necesario, insoslayable. Por muchos años, no se ha querido ver que un componente de la raíz de los desajustes ambientales y el progresivo deterioro ambiental, está en la acción del hombre. La explotación injustificada e irracional de los recursos naturales motivados por el ansia del tener, del poseer y de poder, ha ocasionado que el hombre destierre de su interior, el respeto por los demás, por la naturaleza y por el hombre mismo, degenerando tal situación en una crisis de humanidad y en su consecuente crisis ambiental.

En el decurso del texto se ha demostrado la honesta preocupación de la Iglesia, en términos de ecología. La visión que empuja toda la doctrina de la Iglesia, en este sentido, está fundada en una comprensión del planeta como una casa, como "casa común", por la que todos debemos de ocuparnos para su bienestar. No sólo porque de su bienestar depende el de la humanidad, sino porque igual que el

hombre, posee dignidad propia y merece respeto. Es claro que hay una cantidad no menor, de cuestiones que muy posiblemente quedan abiertas, incluso sin responder. Pero queda clara la injerencia nuestra en el daño planetario. Cuando haya una conciencia plena de esta injerencia, se podrá dar pasos encaminados al verdadero cuidado y sostenimiento de nuestra "casa común".

Referencias

1. Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*. Paidós: Buenos Aires.
 2. Benedicto XXI. (2007). *Discurso al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede*. Libreria Editrice Vaticana: Roma
 3. Benedicto XXI. (2009). *Caritas in veritate*. Libreria Editrice Vaticana: Roma
 4. Cáceres, A. M. (2015). El pensamiento ecológico del papa Francisco. *Moralia, revista de ciencias morales*, 27(148), 389-424.
 5. Cano Sánchez, J. (2000). *Causas del cambio climático*.
 6. Escuela Bíblica de Jerusalén. (1975). *Biblia de Jerusalén*. Desclee de Brouwer: Bilbao.
 7. Francisco. (2015). *Laudato Si*. Ediciones paulinas: México
 8. Gómez Baggethum, E. (2012). Economía verde o la mistificación del conflicto entre crecimiento y límites ecológicos. *Ecología Política*, (44), 51-58. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/43526837>
 9. Juan Pablo II. (1979). *Redemptor hominis*. Libreria Editrice Vaticana: Roma
 10. Juan XXIII. (1961). *Mater et Magistra*. Libreria Editrice Vaticana: Roma
 11. Pablo VI. (1971). *Octogesima adveniens*. Libreria Editrice Vaticana: Roma
 12. Peter Gleick, H. (1995). Amarga agua dulce: los conflictos por recursos hídricos. *Ecología Política*, (8), 85-106. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/20742803>
 13. Rubio, M. (2016). Laudato si': Una teología de la creación en perspectiva ecológica. *Moralia, revista de ciencias morales*, 39(149), 89-117.
- Vargas, F. (2005). La contaminación ambiental como factor determinante de la salud. *Revista Española de la Salud Pública*